

Antonio Sánchez

EL TORERO PINTOR

SILENCIAR los éxitos pictóricos del que fué un día valiente matador de toros, Antonio Sánchez Ugarte, sería en mí, más que en otro alguno, imperdonable pecado

de ingrata desatención, ya que su afición a la pintura corre pareja con nuestra Exposición de Artes Plásticas de Artistas Valdepeñeros, elevada a provincial desde el año 1945, y de la que, repetidas veces, he sido miembro del Jurado Calificador. Son, pues, sus triunfos, el triunfo de nuestro certamen.

Antonio Sánchez, si bien nacido en Madrid, en donde su padre, valdepeñero de pura cepa, tenía abierta una taberna, que ha hecho famosa un libro del gran periodista Díaz Cañabate, a ella dedicado por entero, es un artista manchego, pues que en Valdepeñas discurre gran parte de su infancia y de su mocedad, hasta que sus aficiones taurinas—¡oh, aquellos tiempos de aprendizaje en las escuelas de Paco Frascuelo y «el Bonifa»!—le dejan y separan de nosotros, para correr en busca de la fama, que en la arena de los cosos, y en trágica contienda, se le ofrece.

Duramente castigado por los toros—veintitantas cogidas nos hablan bien a las claras de su valor indomable—, un último percance, acaecido en el año 1929, que le pone a las puertas de la muerte, le obliga a abandonar su arriesgada profesión. Y es en este punto crítico, al extinguirse el torero, cuando surge el pintor, que Antonio llevaba adormecido bajo el brillo triunfal de los caireles.

ANTONIO SANCHEZ
Retrato de Ignacio Zuñaga.

